

La sepultura del amante

Federico Ballí G.

Noche que el silencio suplica
oculto en la brecha
para el brazo inalcanzable
yace un cadáver de amor
de arena y ceniza en oleaje hundido
Emerge y renace aquel barco
sus velas despliega en suspiro azulado
y el náufrago llora su muerte
y en llanto reanima a su amada
y la esperanza que se ha aniquilado
traslúcida baila en cubierta
baila encubierta de antigua sonrisa
donde el perfume punza en el pecho
donde su voz es amarga
donde su risa la boca congela
boca de mármol
estatua de vidas pasadas
¿Y qué será de los amantes rezagados?
¿qué será de aquellos?
cielo confunden con tierra
vida con muerte
fuego con hielo.



Iguala este crimen, mundo

Edgar Buenfil

Iguala este crimen, mundo.
Que de fosas surjan manos
para atrapar los pies del culpable enemigo.

Bajo el "rum, rum" de los tractores
hay un pulpo sembrado en la campiña,
semilla muerta de un país detractor.

¡Ay, Patria! ¡Tus hijos te juran y no te cumplen!

Tus nietos regresan al suelo, chamuscados
y de pieza en pieza; muñecas chinas:
palidas e inertes, con sangre de atole que

pronto
se queda
quieta...



Antorcha

Alejandra Valverde

Insomne viajo con la madrugada.
Mi antorcha: ramo lánguido de rosas.
Mi hogar: el techo donde tú descansas.

Te imagino: risueña, desvelada,
abres la puerta sin mirar la hora.
Por eso viajo esta madrugada.

Otras noches no sales de la cama.
Tu mano en fiebre aferro. Sombra
soy junto al lecho donde no descansas.

Noviembre. Llega el fin de las jornadas.
Cruzar el llano hacia tu lado, sola
razón para viajar de madrugada.

¿Cuál es el fin —camino a voz cansada—,
si del país la vida nos arroja,
si no es el techo donde tú descansas?

Hoy es tu mano, gris y congelada,
tierra para recibir estas rosas,
guía para viajar de madrugada,
lecho y hogar, ahí donde descansas.



Ha salido la luna

Adriana Echánove

Viviste, cada día
fue tu mejor momento,
aunque ciñera el miedo
o un viento rival enfriara,
inmóvil jamás te quedaste.

Ha salido la luna:
las voces, el mundo, en silencio;
esta ha sido tu hora
en la barcaza estigia.

Hoy tu cuerpo descansa,
mas tienes vida en espíritu,
más fuego en los sueños
y en mis recuerdos, tiempo.

Plegaria a todos mis santos

Desde las sombras de mi tierra
los muertos se levantan;
pido por ellos, por los
huérfanos, adoptados
por la sangre, por las armas.

Por el hombre que, orgulloso en su contienda,
camina con disfraz militar;
su pecho finge orgullo,
sus ojos negros, cara sepulcral.

Por el sur y norte que braman en silencio,
la montaña inmóvil, audaz
¿qué puede encontrar en las calles sino lienzos de guerra?
argamasa de huesos, carne, ojos, vísceras, armas, drogas...

Escucho: "México es hermoso",
México, país de maravillas.
¡Santos, a mi raza, oídos atentos!
Soy sector silente con venas en llamas,
con ojos vendados, con manos cruzadas;
luz incapaz de alcanzar al que desaparece,
reforma en crisis, madre sin dientes,
estado que colinda la magia y el homicidio.
Soy cura: prostitución.
Soy mujeres violadas sin derecho al suicidio.

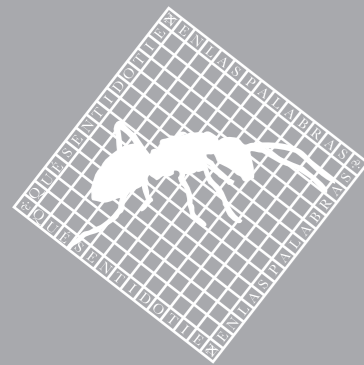
Y así miro un México que ha perdido la mayúscula,
un México que ha perdido el acento,
en su lugar la "m" de muerto,
la "e", extirpando,
la "x", sexual,
una "i" decapitada, no se puede encontrar.
Sellado a la americana "co", corp., qué más da.
Me dan ganas de ser rizoma, de ser trigo, de ser águila,
águila que cayó del nopal.

Te pido por los ignorantes,
por mi pueblo, mi pulque, mi tequila;
bendice la tristeza maquillada con sonrisas.
Colma nuestra literatura de corazón, que no se pueda envasar,
ármanos de valor, disfrazanos de paz.

Te pido por esos espíritus atormentados,
porque cada vez que alguien me lea
—plegarias sin hostilidad—
rompa con las reglas un flujo
sin tecnología punto coma
olvidarnos de lo absurdo
de la sangre las clases
el acento el idioma
el racismo los idiotas
leyes monumentos
hacer un poema muy pequeño
tan pequeño que todos
tenemos que
acercarnos
para
leerlo.



Luna Beltrán

**Editor**

Misael Carbajal

Coeditora

Alejandra Valverde

Ilustradora

Luciana Mazzotti

Poesía

Luna Beltrán

Juan Tovar

Teatro

Abdul C. Bornio

Rodrigo Cuellar

Narrativa

Juan Rivera

Abraham Domínguez

Historia del Arte

Hebe Garibay

Luna Beltrán

lammadame@casalamm.com.mx

Tenían que pasar dos años para que pudiéramos comprender que *Dormir con un gato es conveniente* después de interpretar el Génesis de *La Muerte como tema del arte*. Sólo tras dos años de existencia logramos contemplar cómo *Ha salido la luna*; en nuestra piel la *Antorcha* del recuerdo nos consume por tanto mirar *La sepultura del amante* mientras rezamos una *Plegaria a todos los santos*. Y sí, estamos de fiesta y luto, ofrendas y letras hacen honor a este número. Comemos el pan de todos los muertos porque es innegable la situación que vivimos después de las *Galimatías de Junio*, pero preferimos hablarte *Acerca de la extensión de la baja fidelidad*: mirar esos pequeños detalles que lo cambian todo y, al final, murmurar que *Conceder es manzana*. ¿No entiendes?, pues *Si de vanguardias quieres saber, entra en Lammadame, ya vas a ver...*

La muerte como tema del arte

Valeria Espinosa

Es dicho que lo único seguro en la vida es la muerte, sea cual sea nuestra creencia de lo que pasa después. Las primeras imágenes hechas por el ser humano, íntimamente ligadas a lo espiritual, fueron de carácter ritual y funerario. Se puede decir que el arte surgió cuando el hombre tomó conciencia de la muerte y, a partir de ese momento, ha sido una temática recurrente de las manifestaciones artísticas.

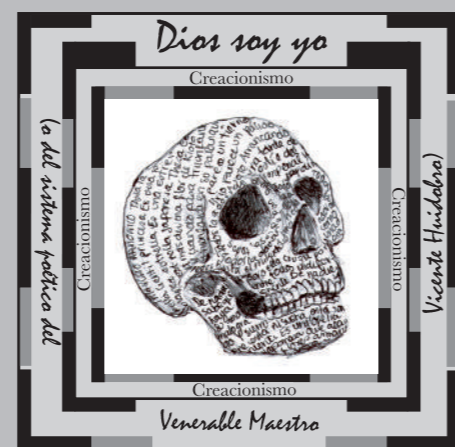
En las primeras civilizaciones, se encuentran numerosas figurillas funerarias o de culto a dioses de la muerte. En oriente hay un sinnúmero de representaciones del *Mahaparinirvana*, o muerte del Buddha; los helenos nos dieron un personaje como Orfeo y su terrible destino para representar a través de los años; el cristianismo nos brindó un gran repertorio de historias de muerte, perpetuadas con imágenes de profundo y poético dolor como *La Piedad*. Shakespeare aportó figuras como Ofelia, Hamlet y los amantes de Verona, que han servido de modelos para la historia del arte por años. Sobra decir que nunca han faltado en el mundo grandes lienzos de fatales y heroicas guerras, además de infinitas representaciones —y presentaciones— de calaveras, esqueletos y cadáveres. En el arte contemporáneo los artistas no han cesado de jugar con las ideas de muerte, decadencia y permanencia.

Visiones sobre la muerte existen muchas, pero lo más interesante es la forma en que se asimilan en cada cultura y cómo esa conjunción se plasma en el arte. México, por ejemplo, destaca por su particular acercamiento a la imagen de la muerte, y mucho se ha dicho de cómo es tradición burlarse de ella y a la vez tenerle el más íntimo respeto. Aparecen en Mesoamérica

múltiples representaciones de guerras, dioses, sacrificios, *xolotzcuintles* (acompañantes en el inframundo) y *tzompantli* (muro de cráneos). Durante la primera mitad del siglo XX los grandes muralistas hicieron famosos a los revolucionarios caídos en un México que prometía prosperar y, antes de ellos, José Guadalupe Posada gustaba de hacer esqueletos vivaces y satíricos, forjando en el imaginario colectivo la imagen de la famosa Catrina. Hoy en día, esta temática sigue siendo explorada en país, y artistas como Teresa Margolles y el colectivo de la SEMEFO examinan artísticamente la muerte orgánica como reflexión y denuncia hacia la situación nacional de caos.

¿Pero por qué la recurrencia a la muerte? El arte sirve, de alguna u otra manera, como un medio que permite plasmar la preocupación y el temor del hombre por la muerte, su aceptación, o simplemente representar aquello que es completamente inevitable. Ya sea con la intención de tener una experiencia estética, hacer un ejercicio analítico, o por mera contemplación, nos enfrentamos a la muerte a mediante la obra, porque morir es consecuencia de la vida, y una condición humana reflexionar sobre ella.

Hay quienes creen que el arte es indispensable para el ser humano; por esa razón es inherente a la vida, *ergo* a la muerte. Mientras exista arte, seguirá habiendo representaciones relacionadas con ésta, ya sea como una entidad siempre al acecho, como potencia latente o como una compañera sensual en el baile de la existencia. Se tome como una invitación a celebrar la vida o a recargar sobre nuestra fragilidad, el arte siempre estará ahí para recitar: *Memento mori* (recuerda que morirás).



Era evidente, aunque nadie lo supo:
Cae la descoyuntura de la sintaxis sobre la hoja en blanco
Y la armonía cubista de mis ancestros que no son
Un poco de humor trágico que me anticipa
Aunque no quiera
Cae en el mundo de las letras el Dios poeta:
¡Yo!
Para elaborar el verdadero poema
Ese que no está entre las hojas muertas
de todos los falsos poetas del mundo.
Cae ante la Naturaleza (esa viejecita encantadora)
Mi delirio poético: superconciencia, razón e imaginación
que existen sólo después de mí
Yo les he traído la Poesía, ese broche de luz que todo lo une
Mediante la revelación exacta de mi IMAGEN

Galimatías de junio

Andrea J. Roldán

Regresamos, no le cambie... El secretario de Hacienda y Crédito Público anunció que la deuda externa ha ascendido a un valor de cincuenta y cinco mil pesos por habitante... En otras noticias... Mi dedo no dejaba de apretar el botón de cambio de canal; mis pupilas fijas en la pantalla se expandían y encogían al ritmo de los colores en la televisión hasta que una noticia llamó particularmente mi atención: *El índice delictivo ha descendido en un sesenta y ocho por ciento gracias al programa México Unido contra la Delincuencia...* Mi alarma sonó, me apresuré a arreglarme y me fui al trabajo.

En la Colonia Roma pasea un olor a polvo, a cocina. Pese a que las lluvias de agosto se han adelantado a este junio de poco sol, un calor originario de tierras calientes envuelve la calle de Mérida. Un imitador de Elvis, no por trabajo sino por pasatiempo, conduce su auto a quince kilómetros por hora; un riff suena desde las bocinas y, de la nada, un gato —en blanco y negro— se atraviesa, el carro le pasa por encima.

Una ventana se abre y se cierra por el viento al mismo tiempo que el gato se retuerce en el asfalto. Ramona se acerca a cerrar las ventanas y observa la agonía del animal. No sabe si bajar y acogerlo o quedarse en casa. Termina resolviendo que no es muy buena idea salir. Levanta la mirada hacia el techo y piensa en las parcelas de algodón que tenía su familia en una granja de Nuevo México; el clima de ese día en la Roma le había recordado esos días de otoño en el campo, ese aire que traía consigo el fuego y, que si llegaba a alcanzarte, te quemaba.

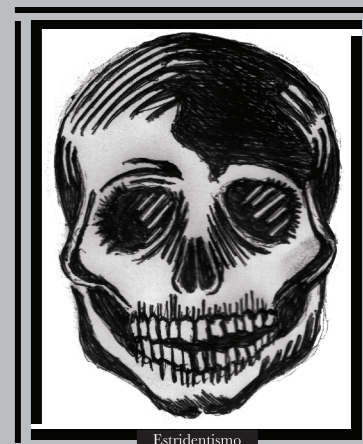
Miró por la ventana nuevamente y dejó de recordar cuando vio al gato que no podía gritar su dolor porque tenía el hocico destrozado. Fue a su cocina y removió la sopa seca de figuras distintas que venían envueltas en empaques similares. Ramona mezcla siempre las sobras de las bolsas que quedan: tres cuartos de letras con uno de municiones en la misma cacerola. Un jitomate mal licuado se queda pegado como un coágulo de sangre y Ramona no se percató hasta que acerca la cuchara de madera a la boca para probar la sopa; al sentirlo en los labios le vienen una ganas tremendas de vomitar.

En algún tiempo remoto, cuando había partido al internado para mujeres tuvo la mala experiencia de que su primer periodo le sorprendiera temprano al despertar: una viscosidad se le atestaba entre las piernas; su cara mostraba una angustia inocente y lo único que alcanzó a hacer fue a involucrarse en la sábana verde de las de segundo año. Se metió en la regadera y bañó su cuerpo afeitado con agua helada. Al salir, lo dejó caer en seco a la cama sin darse cuenta de que en su almohada había un fugitivo rastro de sangre que le quedó frente a los ojos. Lo miró detenidamente, se preguntó cómo es que había llegado ahí; tocó su entrepierna y ensució sus dedos. Era imposible deshacerse de toda esa sangre que se embarraba por doquier. Asíó la almohada y hundió la cara en ella para gritar de impotencia hasta que se quedó sin voz, sin lágrimas y se reconcilió con su soledad.

Aquella masa de jitomate le recuerda la misma sensación de impotencia que la rodea; toma arrebatadamente la olla y la avienta con una rapidez de felino al bote de basura con todo y sopa, con todo y sangre.

Felino, el felino... ¡*El gato!* Ramona siente de nuevo el coágulo apelmazado a sus labios pero ahora huele a putrefacción con champú anti pulgas y aceite de automóvil, ahora se ha transportado a su boca el sabor a gato atropellado; con las pupilas dilatadas corre a la ventana a mirar si el animal aún sigue allí y, en efecto, el gato yace en la calle; sólo sus ojos alcanzan a buscar una leve caricia antes de partir. Ramona baja y toma delicadamente al gato como se toma a un niño recién nacido y lo acurruca en su pecho. Camina hacia la banqueta y lo pone en la jardinera de su edificio que no posee vegetación. Acomoda al animal como si fuese un altar, lo acaricia hasta que los globos oculares quedan inmóviles mirando un infinito que está más allá de las murallas de lo terrenal. Ramona se obliga a pensar que persigue la mano del mismo salvador que hará justicia por igual a hombres y

Estridencia actual No. 1, 2, 3...



¡Abajo los retrógrados poetas que ya no conmueven!
¡Reyes poéticos a LA SILLA ELÉCTRICA!
¡Todos ellos engrosan las filas de escritores que nadie lee!
Es el tiempo poético el que hay que renovar.

Nosotros cantaremos lo inexistente
Una serán nuestras letras
Espejos invertidos en el incendio
Viviremos para escribir la VERDADERA POESÍA
O moriremos al pie de lucha

¡El Gran Zopilote, símbolo de nuestra vanguardia, devorará a los proxenetes intelectuales!

animales. Lo entierra ahí mismo; planta encima un par de girasoles y los riega con la misma devoción con que cepilla, a diario, sus dientes para quitarse aquella sensación de desasosiego en la boca.

Meses después, los girasoles de Ramona comenzarán a marchitarse, alguna vez en su infancia escuchó que es porque los cuerpos que están debajo de la tierra se impacientan de hambre y entonces succionan las raíces de las plantas hasta secarlas. Recordará que esta anécdota se la contó su abuela, quien solía licuar algunos trozos de carne y verduras para combinarlos con el agua con la que regaba sus plantas, así sacaría el hambre de aquellos familiares que murieron años atrás; era una tradición en la familia *seguir preocupándose por el bienestar de los muertos*. La frase parecía dicha por la misma voz de la abuela en su cabeza. Así, Ramona saciará el hambre del gato y permitirá que las flores no mueran sin motivo.

Deprisa se dirigió al acuario y compró tres peces japoneses de distintos colores y volúmenes: uno de escamas negras y brillantes, de grandes y redondos ojos; el otro más pequeño y pinto, bastante lento al nadar; el último, que llevaba dos años en el acuario y que nadie compraba por ordinario, era mediano de tamaño y de escamas naranjas —su vida había transcurrido tranquila en la pecera sin más chiste que el de ser un pez japonés—. Los llevó a casa, miró detenidamente el interior de la bolsa de plástico donde se encontraban y los vertió con todo y agua a la licuadora, los miró por última vez y oprimió el botón de encendido. Antes de vaciar el alimento sobre la jardinera, esbozó una sonrisa al pensar en lo ingenioso que suelen ser los remedios caseros.

Ramona camina hacia la jardinera y riega las flores, uno de sus zapatos se atoró con una grieta y cae de espaldas hacia la calle, un carro se detiene abruptamente y un imitador de Elvis baja y la empuja diciéndole que es una estúpida. Ramona le suelta una sonora cachetada y éste le da un golpe en la cara que la lleva directo a romperse la cabeza contra la banqueta. El hombre sube a su carro y arranca sin saber el destino final de aquella mujer.

El secretario de Seguridad Pública, el señor Monteverde, dijo ese día por la mañana que la ola de violencia de la ciudad había descendido en un sesenta y ocho por ciento y que el crimen estaba casi extinto. La mayoría de la gente en México no le creía; sin embargo, tampoco lo dudaban más de dos minutos. Aquellos tiempos eran como los de Adán y Eva expulsados del paraíso. Yo estaba sentado esperando mi turno para servir mesas en el 99 de Álvaro Obregón y Orizaba; el secretario entraba con cuatro guardaespaldas corpulentos y petulantes. Me adelanté y le manifesté que yo no estaba de acuerdo con sus pronósticos matutinos, él me volteó a ver y me dijo “me vale verga, amigo”, sonrió y se metió al restaurante. Fue entonces cuando el sonido de ambulancias y patrullas nos atrajo hasta la calle de Mérida. Había un olor cálido en el aire...



El conceder es manzana

Misael Carbajal

*Todo es manzana cuando escribo
y nada es banana si no me da la gana*
Jorge Eduardo Eielson

La literatura precisa de tres concesiones primarias; sin ellas el arte de la palabra escrita sería imposible. Estas concesiones determinan si el lector seguirá leyendo o si se convertirá en una banana.

La primera de ellas, y quizá la más importante, es la supresión de la realidad inmediata. La lectura es un acto solitario; sin embargo, los estímulos externos rara vez nos abandonan. Es imposible estar totalmente aislado. Durante la lectura, los sonidos a nuestro alrededor, las imágenes tras los bordes del libro, los olores e incluso la dureza de la superficie sobre la que nos encontramos son llevados a un plano distinto de la consciencia: una laguna donde nada es juzgado como bueno o malo (a menos que nos resulte invasivo), sino como simples estímulos que inician y cesan. Al conceder toda nuestra atención a un texto, el claxon de un automóvil y el trinar de las aves pasan a conformar una realidad ajena que queda enterrada bajo las páginas. Los beneficios de la lectura no sólo emanan de aquello que se lee, sino también de la recepción ecuánime de los sucesos a nuestro alrededor. La literatura libera.

La segunda concesión es la veracidad. Si bien sabemos que lo que leemos no es más que tinta sobre papel y que los sucesos relatados son producto del artificio de un autor, nosotros elegimos tomar esa visión como una realidad consistente, lógica y verdadera. En ese momento creamos, si la propia calidad del texto lo permite, un universo paralelo al que vivimos; a veces tan bien construido que, con el paso del tiempo, distinguir lo que se leyó o se vivió puede llegar a ser confuso.

La tercera concesión se da en el momento en que protagónicamente accedemos a la diégesis del texto, ya sea por la omnisciencia del narrador o la perspectiva de un personaje, aceptamos ser, vivir en otros zapatos. Si no es así, el acuerdo se rompe, lo que leemos nos resulta falso, nos preguntamos: ¿en qué estaba pensando el autor?, revocamos las concesiones, cerramos el libro y volvemos al mundo donde lo más importante era aquella silla o el trinar de las aves en la ventana. La lectura termina, un universo se destruye. Por el contrario, si aceptamos el texto y otorgamos estas tres concesiones primarias, un mundo nuevo florecerá en nuestras emociones, emitiremos juicios de sus personajes y cuestionaremos incluso aquella realidad de la que fuimos abducidos. La lectura entonces se vuelve algo más que un ejercicio cognitivo, se convierte en información tan legítima como la que miran nuestros ojos, sensaciones oportunas que desatan los sentidos, conceptos que se tejen sobre la red infinita que es nuestra consciencia.

La literatura enseña y deleita, transmuta al mundo, malabarea con la lógica y el lenguaje para que podamos estar donde no estamos, ser alguien que no somos: un pulpo o una manzana.

Acerca de la extensión de la baja fidelidad

Juan Rivera

La música *low-fidelity* hace que los ruidos periféricos añadan belleza al sonido principal. Los carraspeos en el estudio, las fallas de los equipos de grabación de mala calidad, las notas distorsionadas de los instrumentos caseros; todo aquello que sería, según el purista musical, un perjuicio para la composición es para los adeptos de la baja fidelidad un beneficio.

Así se puede pensar en todas las demás artes.

En el teatro, por ejemplo. Los elementos periféricos a la puesta en escena pueden añadir belleza a la misma. Me refiero a los grillos y a las luciérnagas y a los aviones que distraen al espectador en un montaje al aire libre por la noche; la sirena de una ambulancia, los susurros de los vecinos, el timbre del teléfono celular de la penúltima fila. Todo aquello que no está considerado dentro de la obra (y que por costumbre se intenta evitar para mantener la mayor compenetración entre espectador y acción) puede agregar una textura única a la experiencia. Si consideramos que cada función es única debido a la dinámica variable que existe sobre el escenario cada noche, estos elementos periféricos son capaces de potenciar esa singularidad empírica; jamás grillarán los insectos en el mismo instante, jamás se iluminarán las luciérnagas en la misma escena, jamás sonará el celular con el mismo timbre en el mismo momento.

La baja fidelidad, apreciada con una mente generosa, puede favorecer la experiencia artística. Leer un libro durante un angustioso viaje en el transporte público, presenciar un baile a luz de velas mientras sucede un apagón eléctrico, ver una película cobijado por las risas colindantes, oír el ruido de las copas que chocan en un club de jazz.

Sin embargo, la valoración de la baja fidelidad no se limita al terreno artístico solamente, sino que se extiende al de la vida común. Si un beso ocurre bajo la lluvia, de alguna manera éste se embellece, se vuelve más particular, y aumenta la riqueza de la experiencia. Un embotellamiento durante un eclipse, una muerte que sucede en Nochebuena, la final de fútbol decorada por nieve que cae. Se trata asimismo de elementos periféricos, que no pertenecen al diseño original; en términos enciclopédicos, para que ocurra un embotellamiento, una muerte o un partido de fútbol no es necesario el eclipse, la Nochebuena o la nevada.



Estos elementos periféricos no definen al concepto esencial; incluso, bajo un pensamiento pragmático, desfavorecen la plenitud empírica o, en el mejor de los casos, suceden indiferentes.

La nevada entorpece el juego, la sirena de la ambulancia interrumpe la obra, la mala calidad de los equipos de grabación desmejoran la música. Por eso, para gozar de la baja fidelidad, es necesaria una concepción paciente, despojada de pulcritud, que celebre lo original.

Un giro de circunstancias ocurre en este punto: así como los elementos periféricos pueden embellecer al central, el central puede embellecer a los periféricos.

La nieve que cae en la final de fútbol es más bella por el hecho de caer ahí, en el centro de la cancha; si cayera solitaria, en una colina desolada que nadie observa ni camina, sería igual de blanca y de fría, pero no tendría el valor que la otra. El beso también favorece a la lluvia que lo abriga, le aporta una función más que la mera precipitación, le brinda la oportunidad de enverdecer amor, excitación, travesura, además de plantas. La muerte puede contribuir a la perpetración de la Nochebuena y el embotellamiento al eclipse.

La obra de teatro al aire libre hace que el avión en el cielo sea más sublime porque crea un tesoro de ciudad más valioso que abandonar. La representación contagia algo de ánimo a la ambulancia que corre cercana, ilumina a la luciérnaga y le hace eco al canto de los grillos. Que el timbre del teléfono celular se desate en medio de una multitud en la calle tiene mucho menos impacto que el que tiene en pleno silencio teatral.

La canción escondida detrás del ruido secundario del estudio hace que éste sea especial, pues de lo contrario esos carraspeos, esas risas, esos vasos rotos, pasarían a ser ciscos de lo más común, ruidos que ocurren todo el tiempo en cualquier lugar. Los errores al ejecutar una canción serían solamente errores, y no aportarían la sensación humana, orgánica y distintiva que los músicos del lo-fi ansían. Las notas distorsionadas por el equipo serían víctimas, no reinas, de su suerte pésima de grabación. En ese aspecto, la canción original le da sentido a los ruidos secundarios.

El elemento central trasciende los elementos periféricos.

El arte se puede beneficiar de los eventos azarosos en su entorno al mismo tiempo que les regresa de inmediato el favor.



Dormir con un gato es conveniente

Luciana Calderón Mazzotti

Tengo memoria de haber dormido y despertado en camas frías, en noches desoladas. Le tuve miedo a esa oscuridad por tantos años y de manera tan certera, que hoy sé que ya no es así. Recuerdo visibles los pensamientos, recuerdo palpables las pesadillas. La litera de arriba, lo lejos que me sentía del suelo, la amenaza de las paredes, el olor de los ladrillos y, sobre mí, la caída del techo. Evoco la sensación, y puedo reconstruir aquel miedo: me es familiar. Era una niña, una niña que durmió con un peluche entre los brazos hasta cumplir quince, tal vez dieciséis años. No había nada que me despojara de esa presión que la noche oponía sobre mí; sin embargo, algunas noches me sentía a salvo. Sí, algunas noches me sentí a salvo, y la razón era el gato que vivía en nuestra casa; él escalaba la estructura que componía la litera, todo un experto, su cuerpo contra las persianas; ese ruido me aliviaba. Entonces, junto a mis piernas, se enroscaba en sí mismo: sus orejas en su estómago, y dormíamos. Así aprendí. Incluso ahora, así resuelvo la noche, y así duermo. Dos gatos en mi cama, y no estoy sola.

Dormir con un gato es conveniente. Quizá sea porque despertar en medio de la madrugada, en la vasta inmensidad de una cama, y encontrarse con un cuerpo envuelto en su propia oscuridad, es reconfortante. Uno no está solo si duerme con un gato. Su pelaje entre los dedos tranquiliza. Un gato incluso puede ser peluche entre los brazos, ese que todos necesitamos, en algún momento, en algún pasado, para así impedir el sentimiento de orfandad, de abandono, entre la noche oscura. Quizá sea porque las horas nocturnas pertenecen a estos animales; su condición felina y la elasticidad de su cuerpo se amoldan a la negritud y, a su vez, ésta se amolda a ellos. Un gato dormido es calma: su respiración lenta, atravesando su pelo, un meditar; su ronroneo ligero, continuo, una canción de cuna, un arrullo. Uno se sabe a salvo si encuentra el peso, la temperatura, de un cuerpo junto al propio; a pesar de la conciencia de nuestra soledad; a pesar de que entre las cobijas dormimos en descubijado. Quizá ésta sea la razón. Quizá el porqué de dormir con un gato esté guardado en la sombra extensa de las ausencias.

Quizá dormir con un gato sea como la lectura de un libro, como una llamada por teléfono, de tus padres, de un amigo, o como un paseo por el parque. Actividades que salvan de la magnitud de los vacíos. Uno no está solo al abrir un libro, al contestar el teléfono. Uno se recuerda entero cuando las miradas ajenas en la calle se encuentran con la propia, miradas que te regresan. Así lo hace, en la noche, una mirada verdiamarillosa, un calor guardado, un ronroneo dormido, entre lo oscuro, en el lugar del subconsciente, de la soledad, de lo oculto. Dormir con un gato es conveniente, pues no deja espacio ni para el miedo ni para el vacío.



F CONTINUIDAD A
O El azar es el orden lógico M
R de la ilógica realidad R
M va y viene sin visible O
A enlace causal{ } el poeta F
E desdoblado YO en el S
S cuadro del presente pasado E
F ¡JAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJ! O
O Vuelca el alma D
N en desorden N
D voluntario O
O DADIUNITNOCSIDF

Guerra futurista

¡Bang! ¡Zumb! ¡Tumb! ¡Tumb!
Rompe pronto lo que encuentres
para que no te QUEME prendido al pasado:
Las estrellas, la luna, la rosa ≤sobre todo la rosa≥,
las rimas, la languidez melancólica,
el exceso de caricias, la vida sentimental.
¡Ah!,
y arrincona el R-R-R-R-R del automóvil,
que ya pasó de moda
≤ahora es modelo de academias futuristas...≥
El futuro es eterno, es lúbrico y celular,
susurrante que hacer de mandar por la borda
a Los contemporáneos y a Paz.
DESTRUYE la sintaxis ≥a más no poder≤,
abusa de los sustantivos, de los infinitivos,
del máximo desorden de los que todavía no son ni han sido.
¡Scrabrannnn! ¡Trazck! ¡Czkat!



Génesis

Juanpa Blo

Inició con un cuento. La historia de un niño que admira a su padre. El momento cumbre de su día es cuando se despide de él por las mañanas: *adiós, hijo... adiós... ya me voy a trabajar*. Lo considera su héroe: el lector podría inferirlo por la sonrisa del niño. Gran parte del cuento se dedica a ensoñar el trabajo del padre. Se imagina la enorme oficina y la cantidad extraordinaria de trabajo que tiene: un montón de papeles desorganizados —como los que están sobre el escritorio del autor del cuento— a los que entusiasmadamente debe abocarse de lunes a viernes. Hasta que un día el niño, por razones e impulsos misteriosos, decide huir de su escuela y meterse a un McDonald's. Ahí descubrirá, pues, a su padre, sorbiendo café frío, frustrado, extraño, llevando una doble vida. Pero luego el autor desechó la anécdota. Era errónea la idea aquella de que sólo bastan papel y palabras para decir algo. Cuando le preguntan algo al autor del cuento siempre responde: *no sé*. Le parece lo más sensato, quizá lo más honesto. He ahí que aquella noche, con un lápiz de punta chata y desconocida procedencia en la mano, reflexionaba sobre lo difícil que es decir que uno realmente no sabe nada. Esto también era una falacia de su propia existencia. Ciertamente sabía cosas de la literatura, y algunas otras cuántas de la vida real. Pocas, desde luego. Pero cuando creía que sabía con seguridad algo acerca de la literatura, y que comenzaba a vislumbrar algunas verdades sobre ella, entonces se desentendía de la vida real, y viceversa. Y son tan pocas las cosas que, llegado el final, sabemos con rotunda certeza, que tal vez sería mejor irse sin haber sabido nada. Si inspeccionaba en su interior, quizá todo radicaba en aquel extraño desacuerdo con un mundo que nunca es lo que parece. Terrible cómo nos acercamos, guiados no más que por un gesto o una palabra cálida, a los seres humanos, para después descubrir que en realidad no sabemos nada de ellos; todo lo que creemos que ellos piensan de nosotros es por lo regular casi siempre lo opuesto. Y en esta inextricable red nos desentendemos, confiando sólo en nuestro pensamiento y en lo que supuestamente somos. Miró la longitud del lápiz con extrañeza: ahora que lo tenía frente a él no le daban ganas de usarlo. Y eso que había estado caminando toda la tarde, añorándolo. A veces al caminar por la calle se pregunta: *¿por qué será que siento que no soy yo, que es otro el que camina? ¿Y quiénes son estos intrusos o incómodos huéspedes a mi alrededor a quienes tan gratamente recibo en un cuento, pero que desdeño en la vida real?* Es innecesario, pensaba, saber qué se

oculta detrás de una sonrisa, o de una lágrima, o de una risa ajena. Tal vez equivocadamente creía que en aquel desciframiento consiste el placer de vivir. ¿Y era desligarse la mejor opción? Otras veces se hacía a la idea de que era mejor dejar que todo conservara, muy a su pesar, un extraño velo, o cierta cualidad enigmática que nos impide penetrar en los objetos y en los actos humanos. En una conversación cualquiera, sobre todo en una en torno a un escrito —ya sea la nota periodística más depurada o el verso más críptico—, él nunca omitía una opinión. Intuía que detrás de cualquier verbo se ocultaba una verdad que estaba más allá de su entendimiento, y que su entendimiento siempre estaba próximo a hacer el ridículo. A veces deseaba que las palabras le hablaran con la gravedad que les hablan a otros, a ese tipo de personas que puede recitar versos de memoria y parafrasear como si los autores que citan convivieran con ellos a diario. Y si se enfrentaba a un verso cualquiera, pongamos como ejemplo a Mallarmé: *¡La carne es triste, ay! y ya agoté los libros*, no veía otra cosa que un cúmulo de palabras cuya significación se le escapaba como arena entre las manos —irónico que un símil tan malo expresara su incapacidad para la poesía—. Sabía que Mallarmé quería decir una verdad: ¿sobre qué? Tal vez la única verdad detrás de aquellas palabras existió cuando Mallarmé las redactó; con el tiempo otra verdad se había introducido al verso y restituido a la primera. Obsesivamente introdujo el lápiz al sacapuntas eléctrico hasta imaginar, al palparla, que la punta se trataba de una aguja. La hundió en una de sus yemas; sintió el hueso. Ese era dolor, porque era patente. Y lo otro, que no es sufrimiento, pero es tan parecido, lo hacía preguntarse: *si no es sufrimiento en el sentido convencional, ¿por qué me hace sufrir?* Pensaba que algún día escribiría todas esas ideas que a veces quería enterrar definitivamente; pero regresaban, necias, terribles, oscuras. Observó el borrador: aunque a duras penas había iniciado su uso, sabía que estaba destinado a desgastarse. Olfateó el cuerpo del lápiz y pensó en madera; la madera no le evocaba otra cosa que enormes fábricas de lápices, camiones cargados de lápices. Dejó que la cola del lápiz colgara estúpidamente de su nariz. Cada minuto lo hundía más, y más, y un poco más, hasta sentir un ardor que casi le produjo un estornudo. Reclinó el lápiz sobre la mesa y con lentitud dejó caer su cabeza. Sangre manchaba el papel mientras el lápiz casi desaparecía por completo. ¿Habrá llegado ya al cerebro? Luego hubo un silencio; después del silencio, nada... grafito.

Si de vanguardias quieres saber, entra en *Lammadame*, ya vas a ver...

Asmara Gay

Poema dentro
del poema



Si tú quieres conocer a Dadá
Sólo tienes que salir a la calle
Lo encontrarás Habita
En los museos en las galerías en la plaza vieja
[y en la pulquería
Dadá no es el bebé alemán
Tijeras de la libertad:
:Rasga corta y rompe
El orden ficticio del arte
Dadá-arte está en las tortillas
Dadá-arte está en la casa de la abuela
Dadá-arte está en la negra y plana pantalla
Dadá-arte está en la reja de una vieja canción
Dadá-arte no es nada
Nada
Nada en arte se compara
Si no lo encuentras léelo al revés

En el lugar geométrico del azar *poésie*

Nadja canta los sueños, las analogías, los
encuentros fortuitos L LL

“El hombre —continúa— nacerá en
cadáver exquisito, en trazo de lógica dispa-
ratada, en ánimo subversivo”. La fuente
negra de la poesía se abre con humor a
cada sílaba entonada convulsión y un
espejismo mágico lleno de espíritu, de
duplicidad y de caminos para ingresar en el
instinto-amor-pasión-hermético donde la
ruina es el método del conocimiento racional
y no las entrañas del principio del placer.

¡Sublimation! ¡Liberté! ¡Excavation!

Super... Super...
SUPERREALISMO
(que no surrealismo)



Lammadame

Rodrigo Alberto Cuellar

Todo el mundo lo sabe, lo ha escuchado o leído en las noticias: el Palacio de Bellas Artes cumple ochenta años. Sin embargo, es menos comentada y más asombrosa la edad de su hundimiento: 107 años.

A partir de 1907, tres años después del inicio de su construcción, el edificio presentó problemas de hundimiento, mismos que se quisieron contrarrestar con inyecciones de cemento, cal líquida y arena... esfuerzos insuficientes para un edificio de estas dimensiones.

Lammadame no está aquí para calificar el hundimiento como un agravio; en caso de que así lo fuera y se buscara a los culpables, Lammadame sin titubear lo señalaría: la culpa es del Palacio mismo, coloso que sostiene sobre sí los grandes nombres de la historia y del arte. He ahí la razón del hundimiento: Siqueiros, Pavarotti, María Callas, Plácido Domingo, Orozco, Sabines, Tamayo y tantos y tantos más que los muros de mármol cedían ante el peso del arte.

Tan sólo en los primeros treinta años de su historia, que no son celebrados en este aniversario porque la cuenta se inicia a partir de su inauguración en 1934, el Palacio forjó sus paredes con nombres y momentos históricos de gran talla.

Para comenzar, la obra se alzó sobre el derrumbe del antiguo Teatro Nacional y sobre los últimos años del gobierno de Díaz, para luego sortear la Revolución, las crisis económicas y los distintos gobiernos que hicieron y no hicieron por retomar su construcción. Incluso el presidente Calles realizó una colecta pública para recaudar fondos y así reanudar el proyecto; la cantidad reunida fue poca; quizá el intento, noble.

Adamo Boari, arquitecto italiano que diseñó los planos del Palacio y que estuvo a cargo de la primera etapa de su construcción, ideó un telón

alucinante que pesa 24 toneladas y está compuesto por un millón de piezas de cristal. ¿La razón? Prevenir un incendio, que era la principal causa de muerte de los teatros en aquel entonces. Boari, sin embargo, consciente de que se estaba burlando del fuego, decidió honrarlo: en su diseño el telón presenta dos colosales naturales del fuego, el volcán Popocatepetl y el Iztaccíhuatl. El telón, por cierto, con sus toneladas de volcán, llegó en barco desde la ciudad de Nueva York.

Treinta años después de haber iniciado su construcción, que en un principio se tenía contemplado finalizar en cuatro años, el Palacio de Bellas Artes fue inaugurado el 29 de septiembre con tres actos artísticos. El primero estuvo a cargo de la Orquesta Sinfónica Nacional, que interpretó la *Sinfonía proletaria*, y ya en la noche, se escuchó la sexta sinfonía de Beethoven, seguida por la representación de la obra *La verdad sospechosa* de Juan Ruiz de Alarcón.

El mismo año de inauguración, Diego Rivera y José Clemente Orozco fueron designados para realizar cada uno un mural en el segundo piso del edificio; uno pintó en el lado oriente y el otro en el poniente, como si con esto se quisiera equilibrar el peso de las paredes. El resultado: *La Katharsis* de Orozco y *El hombre controlador del universo* de Rivera. Después vendrían Siqueiros, González Camarena, Rodríguez Lozano y Rufino Tamayo.

Este es sólo un breve recuento sobre las tres décadas menos celebradas, en este año de aniversario, del Palacio de Bellas Artes. Y Lammadame la recuenta porque piensa que hay que alzar la historia del hundimiento más artístico de México.